

que el amor que hoy le da celos,  
entróle ayer por los ojos.

«Y ¿por qué no me atreví?  
clama el triste en su aflicción,  
¡y hoy acaso esta pasión  
pudiera arrancar de mí!

»Mas volveré, ¡vive Dios!  
Pero ¿qué he de conseguir,  
si la he dejado elegir  
marido de entre los dos?»

Y á su despecho tornando,  
semejábase, en su afán,  
una fiera á quien están  
dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,  
cruzaba el cuarto sin tino,  
pero no hallaba camino  
de dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso  
paso al comprimido aliento,  
y hollaba con pie violento  
el pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás  
sin reflexión que le acuda,  
á la par pidiendo ayuda  
á Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin,  
y en el temblor que le aqueja  
se ve bien que se aconseja  
con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,  
y otra á tenerse volvió;  
en esto dobló un reloj  
en una torre las diez.

Entonces, quedando fijo,  
exclamó en la obscuridad:  
«Hoy se casan, es verdad,  
hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero  
con desdén á la cintura,  
y salióse á la ventura,  
la vuelta del matadero.

## IV

Es una noche sin luna,  
y un torcido callejón  
donde hay en un esquínazo  
agonizando un farol.

Un balcón abierto á medias,  
por los vidrios de color  
arroja al aire en tumulto  
de danza el confuso son.  
Se oye el compás fugitivo  
que llevan con pie veloz  
los que danzan descuidados  
dentro de la habitación,  
y se ven cruzar sus sombras  
una á una y dos á dos,  
en fantástica carrera  
y monótona ilusión.

La casa es la de Medina,  
que en ella á fiesta juntó  
sus amigos y parientes  
después de transpuesto el sol.  
Allí con franca algazara  
festeja á la que adoró,  
de quien aguarda esta noche  
prendas de cumplido amor.  
Está la niña galana  
cual nunca el barrio la vió,  
suelto en rizos el cabello,  
que exhala fragante olor;  
la falda de raso blanco,  
y acuchillado el jubón,  
con vueltas de terciopelo

azul, de cielo el color;  
con una hebilla de plata  
ajustado el cinturón,  
de donde baja en mil pliegues  
un encaje en derredor;  
y de un lazo de corales,  
que Pedro la regaló,  
lleva en una cruz de oro  
la imagen del Redentor.  
Tanta ventura en un día  
nunca Pedro imaginó,  
y así anda desatentado  
girando en la confusión.  
A cada vuelta se mira  
en los ojos de su amor,  
y en la luz de aquellos soles  
se le quema el corazón.

Y en fin, para concluir,  
se cantó, cenó y bailó,  
como es costumbre en las bodas  
desde entonces hasta hoy;  
hasta que, cansados unos  
del baile, otros del calor,

las viejas del tardo sueño,  
los músicos de su son,  
los muchachos de la bulla,  
y los novios del honor  
que les hacen sus amigos  
en tan preciosa ocasión,  
despidiéronse uno á uno  
echando sobre los dos  
más bendiciones que plagas  
causó á Egipto Faraón.  
Quedáronse entrambos solos  
la amada y el amador,  
por vez primera en la vida  
á merced de su pasión.  
Mirábala embelesado  
el amoroso español,  
trémulo el rostro de gozo  
y de dicha el corazón;  
mirábale ella anhelante,  
encendida de rubor,  
húmedos los negros ojos  
con ternísima afición;  
él, diciéndola: «¡Alma mía!»,  
diciéndole ella: «¡Mi sol!»,  
entre el son de ardientes besos  
de regalado sabor.

En esto, en la estrecha calle  
temible ruido sonó  
de voces y cuchilladas  
en medrosa confusión.  
Y al angustiado lamento  
de uno que grita: «¡Favor!  
¡Ayudadme, que me matan!»  
Pedro á la calle bajó  
con el estoque en la diestra  
y en la siniestra el farol.  
Asomóse Catalina  
amedrentada al balcón,  
llamando á Pedro afanosa,  
de algún daño por temor.  
Alzó Medina la cara,  
y la luz con ella alzó,  
pero apenas el reflejo  
dió en el rostro de su amor,  
una estocada t.aidora  
por el costado le entró.  
Lanzó un grito el desdichado  
que partía el corazón;  
lanzó la hermosa un gemido  
de intensísimo dolor,

y el moribundo Medina,  
volviendo el gesto á un rincón,  
hacia una imagen de Cristo,  
de quien devoto vivió,  
dijo expirando: «Soy muerto.  
¡Acorredme, santo Dios!»,  
y quedó tendido en tierra  
sin movimiento y sin voz.  
Alzóse á su lado un hombre,  
y diciendo en ronco son:  
«¡Maldita sea mi alma!»,  
mató la luz y escapó.

## V

Tuvieron así los años,  
uno, dos, tres, hasta siete,  
embozada en el misterio  
aquella impensada muerte.  
En vano acudieron pronto  
vecinos á socorrerle,  
para vengarle los hombres,  
para mentir las mujeres.  
En vano salieron unos  
casi desnudos á verle,  
y otros salieron jurando,  
armados hasta los dientes.  
Nada sirvieron entonces  
ni jubones ni broqueles;  
Medina quedó sin vida,  
y sin justicia el aleve.  
En vano son las pesquisas  
de los irritados jueces,  
en vano son los testigos,  
las citas y los papeles.  
En vano el caso averiguan  
una, dos, tres, quince veces,  
cada vez más se confunden  
los golillas y corchetes.  
En vano sobre la rastra  
anduvieron diligentes,  
olfateando la presa,  
los alanos de las leyes;  
porque todos son testigos,  
todos declaran contestes,  
todos son los agraviados,  
mas ninguno delincuente.  
Hubo alborotos por ello,  
y pendencies más de veinte,



mas Pedro quedó sin vida,  
y sin justicia el aleve.  
Catalina le lloraba,  
desconsolada y doliente,  
minutos, horas y días,  
noches, semanas y meses.  
Un año estuvo en el lecho  
con accesos de demente,  
y un año á su cabecera  
veló Juan Ruiz sin moverse.  
Dió con la puerta en los ojos  
á padrinos y parientes,  
diciendo: «Mientras yo viva,  
no faltará quien la vele.»  
Y en vano le murmuraron  
de tal conducta las gentes;  
Juan se mantuvo constante  
á la cabecera siempre,  
sin que á sondear su alma  
alcanzara algún viviente  
á través de la reserva  
y el misterio que mantiene.  
Curóse al fin Catalina,  
y el tiempo, que tanto puede,  
siendo remedio y sepulcro  
de los males y los bienes,  
volvió la luz á sus ojos,  
y el pudor volvió á su frente,  
y el talismán de la risa  
á sus labios transparentes;  
y salió ufana diciendo  
á cuantos por verla vienen,  
que la vida con que vive,  
sólo á Juan Ruiz se la debe.  
Este, á pretexto de amigo  
del triste que en polvo duerme,  
no se aparta de su lado  
hasta que la noche viene.  
Entonces, á lentos pasos  
la esquina inmediata tuerce,  
y en las revueltas del barrio  
como un fantasma se pierde.  
Mas no faltó en él alguno  
que á media voz se atreviese  
á decir que cuando pasa  
por ante el Cristo, se tiene,  
y el embozo hasta los ojos,  
el sombrero hasta las sienas,  
cruza azaroso la calle  
como si alguien le siguiese.

En estas conversaciones,  
cada vez menos frecuentes,  
pasaron al fin los años,  
uno, dos, tres, hasta siete.

## VI

Pagada la Catalina  
de amistad tan firme y tierna,  
de tanto afán y desvelos,  
de tan rendida fineza,  
escucho á Juan una tarde,  
los ojos fijos en tierra,  
dulces palabras de amores  
de la balbuciente lengua.  
Instó un día y otro día,  
quedó siempre sin respuesta;  
volvió á sus ruegos Juan Ruiz,  
volvió á su silencio ella.  
Pasóse un mes y otro mes,  
y tornó Ruiz á su tema,  
y tornó á callar la niña  
entre enojada y risueña.  
Mas tanto lidió el galán,  
tanto resistió la bella,  
que al cabo la linda viuda  
dijo á Juan de esta manera:  
«Puesto que es muerto Medina  
(¡Dios en su gloria le tengal!),  
y por siete años cumplidos  
mi fe le he guardado entera,  
y él ha visto nuestro amor  
allá de la vida eterna,  
os daré, Juan Ruiz, mi mano,  
y mi corazón con ella.  
Amigo de Pedro fuisteis,  
y yo os debo la existencia,  
conque es justo, á mi entender,  
os cobréis entrambas deudas.»  
Púsose Juan Ruiz de hinojos  
á los pies de la doncella,  
y asiéndola las dos manos,  
humildemente la besa.  
Acordáronse las bodas,  
mas Catalina aconseja  
que sean cuando él quisiese,  
pero que sin ruido sean.  
Las malas mañanas ó antojos,  
ó tarde ó nunca se dejan,

y Juan en su mocedad  
gustó de bulla y de fiesta.  
Así, aunque pocos convida  
para que á las bodas vengan,  
buscó unos cuantos amigos  
que le alegraran la mesa.  
Trajo vinos los mejores  
y viandas las más frescas,  
y apuntó por hora fija  
de noche las diez y media.  
Gustaba Juan sobre todo  
de cabezas de ternera,  
y asábalas con tal maña,  
que á cualquier gusto pluguieran.  
Gozaba en esto gran nombre  
entre la gente plebeya,  
de tal modo, que le daban  
el apodo de *Cabezas*.  
Ocurrióle á media tarde  
darse á luz con tal destreza  
y embozándose en la capa,  
salió en busca de una de ellas.  
Mataban aquella tarde  
en el Rastro una becerra;  
compró el testuz, y cubrióle,  
asido por una oreja.  
Volvió á doblar el embozo,  
y contento con la presa,  
de la calle en que vivía  
tomó rápido la vuelta.  
Iba Juan Ruiz con la sangre  
dejando en pos roja huella,  
que marcaba su camino  
sobre las redondas piedras.  
En esto, entrando en su barrio,  
al doblar una calleja,  
dos ministros de justicia  
le pasaron muy de cerca.  
Él siguió y pasaron ellos,  
advirtiendo con sorpresa  
la sangre con que aquel hombre  
el sitio que anda gotea.  
Él siguió y tornaron ellos  
por sobre el rastro que deja,  
hasta entrar en otra calle  
obscura, sucia y estrecha.  
En un rincón embutida,  
á la luz de una linterna,  
de Cristo crucificado  
se ve la imagen severa.

Paróse Juan; los corchetes,  
que en el mismo punto llegan,  
viendo que duda y vacila,  
en faz de preso le cercan.  
—¡Fuera el embozo! gritaron.  
Muestre á la luz lo que lleva.—  
Volvió los ojos al Cristo  
Juan, y helósele en las venas,  
á una memoria terrible,  
cuanta sangre hervía en ellas.  
—¡Fuera el embozo! repiten,  
y él, acongojado, tiembla,  
sintiendo un cambio espantoso  
que pasa en su mano mesma.  
Quiso hablar, y atropellado,  
un «¡dejadme!» balbucea.  
Deshiciéronle el embozo,  
y mostrando Ruiz la diestra,  
sacó asida del cabello,  
de Medina la cabeza.  
—¡Acorredme, santo Dios!  
grita aterrado, y la suelta;  
mas la cabeza, oscilando,  
entre los dedos le queda.  
—¡Yo le maté, clamó entonces,  
hoy ha siete años, por ella!—  
Y sin voz ni movimiento  
cayó desplomado en tierra.

## CONCLUSIÓN

Y así fué que aquella noche  
de sangrienta confusión,  
en que al ruido de una riña  
Pedro á la calle bajó  
con el estoque en la diestra  
y en la siniestra el farol,  
no era en ella otro que Ruiz  
quien llevaba lo mejor.  
Como un imán á una aguja  
arrastra constante en pos,  
como una serpiente á un pájaro,  
á un paloma un halcón,  
entorpecen y fascinan  
sin que ala ni pie veloz  
para huirle les acudan,  
á impulsos de su pasión  
anduvo así Juan vagando  
de la fiesta en derredor.



Y oía por las ventanas  
de danza el confuso son,  
y vía cruzar las sombras  
una á una, y dos á dos,  
en fantástica carrera  
y monótona ilusión.  
Así lloraba acosado  
de sus celos y su amor,  
cuando oyó de una pendencia  
vivo y cercano rumor:  
cerróse en ella á estocadas  
tan sin acuerdo y razón,  
que á cuantos hubo á las manos,  
adelante se llevó.  
En esto acudió Medina,  
y Catalina al balcón,  
de la suerte recelando,  
acelerada salió.  
Mas al ver cuál afanosa

curaba ella de otro amor,  
cegaron á Ruiz los celos,  
el despecho le embriagó,  
y al tiempo que alzaba Pedro,  
el brazo con el farol,  
matóle á la faz de Cristo,  
como villano, á traición.  
De entonce, en los siete años  
después del hecho traidor,  
ni una sola vez, de miedo,  
por ante el Cristo pasó.  
Llegó la primera al cabo,  
y en ella al cielo ocasión  
de mostrar que hay infalibles  
tribunales sólo dos,  
de irrevocables sentencias  
sin cotos ni apelación.  
*Para verdades, el TIEMPO,*  
*y para justicias, DIOS.*



## Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengan.

### INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,  
allá en el fondo de un valle,  
sobre tres cerros distintos  
hay tres torres semejantes.  
Castillos los llaman unos,  
otros atalayas árabes,  
mas su origen positivo,  
á la verdad no se sabe.  
Un río humilde, el *Esgueva*,  
la falda á los cerros lame,  
y entre huertas y majuelos  
lleva á rastra sus cristales.  
Entre los olmos y vides  
con que tapiza su margen,  
y ambas filas de colinas  
que le interrumpen el aire,  
hay derramados sin orden  
más de un ciento de lugares  
que, amasados todos ellos,  
un pueblo tal vez no valen;  
pues los pueblos con el río,  
y las huertas de la margen,  
las colinas que le cercan  
en dos bandas desiguales,  
y los tres cerros distintos  
con tres torres semejantes,  
de tal modo unos en otros  
vegetan, pasan ó yacen,  
que todo el conjunto entero,  
sin que esto lo dude nadie,  
tomando nombre del río,  
forma sin disputa el valle.

### PRIMERA PARTE

#### I

Está la noche expirando,  
y allá en el fin de la sombra,  
en vacilante crepúsculo  
tiñe el Oriente la aurora.  
La luna en el Occidente  
su pálida luz ahoga,  
y las estrellas la siguen,  
luz reflejando medrosa.  
Silba el cierzo entre las ramas  
de los árboles sin hojas,  
y con espejos de hielo  
Esgueva sus aguas orla.  
Ostenta el campo escarchado  
trémula, alumbrada alfombra,  
que á veces parece el alba,  
y agua á veces silenciosa,  
que allá en las sombras, confusa,  
humeando se evapora.  
Se oye el murmullo del río,  
que por la pesquera rota  
se filtra, tornando el agua  
en espuma bulliciosa.  
Ya en copos blancos se eleva  
trenzada y murmuradora,  
ya cae en hebras de plata  
y se arrastra tumultuosa;  
ya trepando por las piedras  
se columpia de una en otra,